

# Historia de vidas paralelas y también cruzadas

Francisco J. Flores Arroyuelo

*Para Irene y Martín*

Estaba sentado en un cómodo sillón, junto a la ventana, sin prestar demasiada atención, repasando los titulares de los artículos repartidos por el periódico dominical, incómodo y voluminoso, pero pasaba las páginas con cuidado para que doblaran fielmente por el eje y, como si hubiese sido sacudido por un agudo impulso interior, centró su atención en un escrito que aparecía recuadrado por una línea negra: buscó el nombre de autor y comprobó, sin acertar a salir de la sorpresa, que su nombre aparecía impreso junto al título. Hizo memoria y trató de recordar la última vez que había colaborado en un periódico y calculó que hacía más de dos años que no enviaba nada de cuanto escribía para su publicación. Aquello era imposible, además, aquella *historia* que publicaba el periódico no hacía ni una semana que la había escrito y todavía, como era su costumbre, no había vuelto a ella para corregirla. Estaba *durmiendo* en aquel cuaderno de tapas duras. Ni siquiera se había tomado el trabajo de pasarlo a máquina para leerlo en voz alta tratando de percibir si su ritmo quedaba desajustado. No se lo había leído a nadie, y no creía posible, era inimaginable, que alguien se lo hubiese podido coger y gastar la broma de publicarlo. Dejó el periódico en el escritorio abriendo uno de sus cajones laterales: escarbó entre los papeles y sacó el cuaderno rojo, y con precipitación comenzó a pasar, buscando hojas profusamente escritas de su puño y letra, hasta que por fin encontró el original. Llevaba el título de «Historia de vidas paralelas y también cruzadas», comenzó a leer:

«El loco, día tras día, hiciera calor, hiciera frío, cuando daban las nueve de la mañana, cruzaba el patio del manicomio e iba a sentarse en una piedra junto a la reja, y durante horas y horas, con las manos empuñando los barrotes, permanecía ensimismado contemplando el ir y venir de los que estaban encerrados en la calle, y con algo más de atención si cabe, la quieta figura de una mujer de mediana edad que vendía caramelos y chucherías contenidas en una gran cesta de mimbre, y se sentaba en un banco al que día tras día, hiciera calor, hiciera frío, llegaba cuando daban las nueve de la mañana y se acomodaba en uno de los bancos del paseo observando el ir y venir de los que estaban encerrados en el manicomio, y con particular interés, de uno que se sentaba junto a la reja y no le quitaba la vista de encima.

«Pero un día, por circunstancias imposibles de prever, el loco no llegó a la hora fijada al lugar de la cita, y la mujer, sabiendo que no la veía nadie y que aquélla era una ocasión única, saltó la reja y escapó corriendo. Cuando llegó el loco a la reja y no vio a la mujer, rápidamente comprendió lo que había ocurrido, y, por temor a lo que sucedería, pues siempre ocurre algo, saltó a su vez la reja y escapó corriendo prefiriendo sacrificar así su libertad».

Sin levantar la vista del cuaderno se llegó junto a la ventana y tomó el periódico. Comenzó a hacer una lectura paralela. «El loco, día tras día, hiciera calor, hiciera frío, cuando daban las nueve...», si, eran idénticas. Siguió leyendo en el periódico. Miró por la ventana y reparó en un automóvil azul que avanzó lentamente hacia la izquierda, hacia la glorieta. Los árboles estaban desnudos de hojas. Las

pocas personas que se veían iban muy abrigadas y caminaban con paso vivo. La luz no tenía brillo. Volvió al periódico y buscó al final de la *historia*, «... y, por temor a lo que sucedería, pues siempre ocurre algo, saltó a su vez la reja y escapó corriendo prefiriendo sacrificar así su libertad». Aquello era un mensaje que parecía cifrado, cuya clave, a pesar de haber sido escrita por él mismo, no conocía. Leyó de nuevo las últimas líneas.

Pasó al cuarto de baño y adelantándose al amplio espejo quedó mirándole: su rostro no reflejaba ninguna emoción ni inquietud. Se pasó la mano por la barbilla y después se rascó levemente un picor que le corría por la nariz, todo ello sin quitarle la vista de encima. Creyó percibir en sus ojos un matiz de ironía encubierta en un brillo que quería ser metálico, como si una férrea voluntad no dejase que se descubriese el motivo que debía permanecer secreto. Una serie de posibles respuestas que no correspondían a preguntas más o menos precisas acudieron a su imaginación aparentemente maniatada.

La imagen del espejo permaneció en silencio, inmóvil. Un rumor que ocultaba miedo y fragilidad alcanzó su conciencia. Recordó, primero vagamente, y después, poco a poco, con precisión luminosa: no, él no había sido, había escrito la *historia* y la había dejado apartada para olvidarla y poder volver sobre ella y corregirla, porque nunca se debe de dar por terminado un texto a no ser que se prefiera dejarlo morir publicándolo, después son variaciones sobre un cadáver para las ediciones anotadas.

Buscó en la cabecera del periódico el número de teléfono de la redacción y lo marcó: sonó la llamada tres

veces y le llegó lejana una voz femenina:

—Dígame.

—Señorita, quisiera, si fuese tan amable, que me diese la dirección de una persona que ha publicado un artículo en el último dominical, en las páginas literarias.

—¿Sabe si es colaborador habitual?

—No creo.

—Dígame el nombre y haga el favor de volverme a llamar dentro de un cuarto de hora. No creo que haya ningún inconveniente. Dígame el nombre que tome nota, y el título del artículo.

Se lo facilitó, leyendo expresamente en el periódico. Se sentó en el sillón y con la mirada distraída en la calle dejó que pasasen los minutos. Volvió a marcar.

—Señorita, soy el mismo que antes habló con usted para una dirección.

—¡Ah!, sí. Aquí lo tengo, tome nota de la dirección.

—Diga.

—Calle Montealto, 21.

—Cómo dice.

—Calle Montealto, 21.

—Ya.

—¿Me oye bien?

—Sí, sí. Es que me ha hecho raro, es una casualidad, en ese mismo lugar viví de niño, si no recuerdo mal.

La telefonista no hizo ningún comentario hasta que por fin preguntó:

—¿Desea algo más?

—Esa calle es la que está detrás de la Estación del Norte, ¿verdad?

—No puedo decirle, pero si dice que la conoce...

—Ya, ya, gracias.

Oyó como se desconectaba la comunicación, y lentamente depositó el teléfono. Quedó pensativo: hacía más de veinte años, más, por lo menos veinticinco que había dejado aquella casa, cuando se trasladó con su familia al barrio del otro lado del río. Sí la recordaba perfectamente, era un chalet de dos plantas en medio de un jardincillo cerrado por una alta verja, aunque seguramente ya



no existiría porque la habrían destruido para levantar uno de tantos bloques de pisos como había ocurrido por casi todas partes.

Se acercó al armario y se puso el abrigo. Salió a la calle sintiendo en el rostro una bofetada de aire frío. Las hojas secas corrían arremolinadas por la acera. Caminando con viveza cruzó la plaza y fue directamente a la boca del Metro; pidió un billete que le llevase a la parada de la Estación del Norte. Consultó brevemente en un plano del muro y siguió con el dedo la línea que debía seguir: tenía que cambiar una vez y después bajar en la que hacía una, dos, tres, cuatro y cinco. Marchó por el corredor. El andén estaba casi desierto y entretuvo la espera caminando arriba y abajo hasta que apareció el tren con estrépito y soltando rebufes de aire al tiempo que frenaba. Se abrieron las puertas con golpes rotundos y entró: fue a sentarse frente por frente con una mujer que llevaba en su brazo una cesta de mimbre tapada con un paño azul. La miró a los ojos. La mujer permaneció indiferente.

Todo aquello era extraño: que la *historia* fuese exactamente igual a la suya, y que él sabía que permanecía inédita en su mesa; la dirección de aquella casa donde había vivido de niño,... Si al final todo aquello se limitase a una broma tampoco podía comprender el motivo que había impulsado al que lo había hecho porque si no hubiese dado la casualidad de

leer el periódico habría sido muy difícil, por no decir imposible, que llegase a enterarse,... a no ser que supiese que lo iba a leer. No entendía nada. El movimiento del tren, lanzado en la oscuridad, silbante, le arrullaba haciéndole cabecear suavemente. Por fin, permaneciendo en pie el último trecho entre estaciones, salió al andén y se encaminó por varios corredores a la salida anunciada para salir a la fachada de arquitectura de hierro de la Estación. Sorteando los viajeros y maleteros que se removían por la ancha acera, se encaminó a la calle que conocía muy bien, y que desde hacía años y años no volvía a pisar.

Al doblar la esquina se detuvo un instante y la miró reconociéndola casi idéntica: comenzó a montar la cuesta con paso corto. Unos chiquillos se perseguían entre los automóviles aparcados en un lado tratando de alcanzarse a manotazos y grandes voces. Miró el número de la casa que estaba a su altura: el once. Siguió: el diecinueve, el veintiuno. Allí estaba la casa, su casa, exactamente igual. El jardín aparecía descuidado y un par de pequeños árboles estaban secos. La hierba desbordaba los setos y no se podía apreciar que en los últimos tiempos se hubiese hecho algún trabajo. Desde la puerta se abría directamente un camino de piedrecillas sueltas que alcanzaba la casa: se veían huellas de pasos. Cogió con ambas manos los barrotes y quedó mirando. Sintió frío y una extraña presión se fue apoderando de su pecho. De pronto, en la ventana derecha de la planta baja, apareció un hombre que quedó mirándole fijamente: le reconoció, era el hombre del espejo, era ... El hombre le sonrió al reconocerle a su vez e hizo ademán de que entrase. El permaneció paralizado. El hombre de la ventana alzó una mano y le mostró el periódico del domingo en que venía publicada la *historia*. Por último, abrió la ventana y le dijo:

—Pasa, te estaba esperando. ■